

El Matrimonio. Sacramento del matrimonio

El noviazgo sirve a los novios como preparación para el amor incondicional. Es decir, amar desinteresadamente a los demás, sin esperar nada a cambio, perdonando a todo el que nos ofende.

Vamos a profundizar en el sacramento del matrimonio.

Para una explicación sencilla de qué es un sacramento ve el video 1.

Queremos transmitirte la belleza, el regalo enorme de lo que es el sacramento del matrimonio. Te explicamos por qué se hace normalmente dentro de la misa y por qué debe estar presente un sacerdote. ¿Cuál es la importancia de estar casado por la Iglesia?

Todo esto puedes verlo en el video 1. Te presento varias citas del Catecismo de la Iglesia Católica (CEC), si no quieres leerlas, salta al subtítulo: **¿Por qué quieres casarte?**

“Dios que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor, vocación fundamental e innata de todo ser humano. Porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,2), que es Amor (cf 1 Jn 4,8.16). Habiéndolos creado Dios hombre y mujer, el amor mutuo entre ellos se convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que Dios ama al hombre. Este amor es bueno, muy bueno, a los ojos del Creador (cf Gn 1,31). Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación. «Y los bendijo Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla"» (Gn 1,28)”. CEC No. 1604

“La Sagrada escritura afirma que el hombre y la mujer fueron creados el uno para el otro: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gn 2, 18). La mujer, "carne de su carne" (cf Gn 2, 23), su igual, la criatura más semejante al hombre mismo, le es dada por Dios como un "auxilio" (cf Gn 2, 18), representando así a Dios que es nuestro "auxilio" (cf Sal 121,2). "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne" (cf Gn 2,18-25). Que esto significa una unión indefectible de sus dos vidas, el Señor mismo lo muestra recordando cuál fue "en el principio", el plan del Creador (cf Mt 19, 4): "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (Mt 19,6)”. CEC No. 1605

“En su misericordia, Dios no abandonó al hombre pecador. Las penas que son consecuencia del pecado, "los dolores del parto" (Gn 3,16), el trabajo "con el sudor de tu frente" (Gn 3,19), constituyen también remedios que limitan los daños del pecado. Tras la caída, el matrimonio ayuda a vencer el repliegue sobre sí mismo, el egoísmo, la búsqueda del propio placer, y a abrirse al otro, a la ayuda mutua, al don de sí”. CEC No. 1609

“En el rito latino, la celebración del matrimonio entre dos fieles católicos tiene lugar ordinariamente dentro de la Santa Misa, en virtud del vínculo que tienen todos los sacramentos con el Misterio Pascual de Cristo (cf SC 61). En la Eucaristía se realiza el memorial de la Nueva Alianza, en la que Cristo se unió para siempre a la Iglesia, su esposa amada por la que se entregó (cf LG 6). Es, pues, conveniente que los esposos sellen su consentimiento en darse el uno al otro mediante la ofrenda de sus propias vidas, uniéndose a la ofrenda de Cristo por su Iglesia, hecha presente en el Sacrificio Eucarístico, y recibiendo la Eucaristía, para que, comulgando en el mismo Cuerpo y en la misma Sangre de Cristo, "formen un solo cuerpo" en Cristo (cf 1 Co 10,17)”. CEC No. 1621

“Según la tradición latina, los esposos, como ministros de la gracia de Cristo, manifestando su consentimiento ante la Iglesia, se confieren mutuamente el sacramento del matrimonio”. CEC No. 1623

“Las diversas liturgias son ricas en oraciones de bendición y de epiclesis pidiendo a Dios su gracia y la bendición sobre la nueva pareja, especialmente sobre la esposa. En la epiclesis de

este sacramento los esposos reciben el Espíritu Santo como Comunión de amor de Cristo y de la Iglesia (cf. Ef 5,32). El Espíritu Santo es el sello de la alianza de los esposos, la fuente siempre generosa de su amor, la fuerza con que se renovará su fidelidad". CEC No. 1624

"Los protagonistas de la alianza matrimonial son un hombre y una mujer bautizados, libres para contraer el matrimonio y que expresan libremente su consentimiento. "Ser libre" quiere decir:

—no obrar por coacción;

— no estar impedido por una ley natural o eclesiástica". CEC No. 1625

"La Iglesia considera el intercambio de los consentimientos entre los esposos como el elemento indispensable "que hace el matrimonio" (CIC can. 1057 §1). Si el consentimiento falta, no hay matrimonio". CEC No. 1626

"El consentimiento consiste en "un acto humano, por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente" (GS 48,1; cf CIC can. 1057 §2): "Yo te recibo como esposa" — "Yo te recibo como esposo" (Ritual de la celebración del Matrimonio, 62). Este consentimiento que une a los esposos entre sí, encuentra su plenitud en el hecho de que los dos "vienen a ser una sola carne" (cf Gn 2,24; Mc 10,8; Ef 5,31)". CEC No. 1627

"El consentimiento debe ser un acto de la voluntad de cada uno de los contrayentes, libre de violencia o de temor grave externo (cf CIC can. 1103). Ningún poder humano puede reemplazar este consentimiento (CIC can. 1057 §1). Si esta libertad falta, el matrimonio es inválido". CEC No. 1628

"El consentimiento por el que los esposos se dan y se reciben mutuamente es sellado por el mismo Dios (cf Mc 10,9). De su alianza "nace una institución estable por ordenación divina, también ante la sociedad" (GS 48,1). La alianza de los esposos está integrada en la alianza de Dios con los hombres: "el auténtico amor conyugal es asumido en el amor divino" (GS 48,2)". CEC No. 1629

"Por tanto, el vínculo matrimonial es establecido por Dios mismo, de modo que el matrimonio celebrado y consumado entre bautizados no puede ser disuelto jamás. Este vínculo que resulta del acto humano libre de los esposos y de la consumación del matrimonio es una realidad ya irrevocable y da origen a una alianza garantizada por la fidelidad de Dios. La Iglesia no tiene poder para pronunciarse contra esta disposición de la sabiduría divina (cf CIC can. 1141)". CEC No. 1640

"Cristo es la fuente de esta gracia. "Pues de la misma manera que Dios en otro tiempo salió al encuentro de su pueblo por una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del Matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos" (GS 48,2). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros (cf Ga 6,2), de estar "sometidos unos a otros en el temor de Cristo" (Ef 5,21) y de amarse con un amor sobrenatural, delicado y fecundo. En las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero:

«¿De dónde voy a sacar la fuerza para describir de manera satisfactoria la dicha del matrimonio que celebra la Iglesia, que confirma la ofrenda, que sella la bendición, que los ángeles proclaman, y el Padre celestial ratifica? [...]¿Qué matrimonio el de dos cristianos, unidos por una sola esperanza, un solo deseo, una sola disciplina, el mismo servicio! Los dos hijos de un mismo Padre, servidores de un mismo Señor; nada los separa, ni en el espíritu ni en la carne; al contrario, son verdaderamente dos en una sola carne. Donde la carne es una, también es uno el espíritu (Tertuliano, Ad uxorem 2,9; cf. FC 13)". CEC No. 1642

"El amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos: "De manera que ya no son

dos sino una sola carne" (Mt 19,6; cf Gn 2,24). "Están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial de la recíproca donación total" (FC 19). Esta comunión humana es confirmada, purificada y perfeccionada por la comunión en Jesucristo dada mediante el sacramento del Matrimonio. Se profundiza por la vida de la fe común y por la Eucaristía recibida en común". CEC No. 1644

"El amor conyugal exige de los esposos, por su misma naturaleza, una fidelidad inviolable. Esto es consecuencia del don de sí mismos que se hacen mutuamente los esposos. El auténtico amor tiende por sí mismo a ser algo definitivo, no algo pasajero. "Esta íntima unión, en cuanto donación mutua de dos personas, así como el bien de los hijos exigen la fidelidad de los cónyuges y urgen su indisoluble unidad" (GS 48,1)". CEC No. 1646

"Su motivo más profundo consiste en la fidelidad de Dios a su alianza, de Cristo a su Iglesia. Por el sacramento del matrimonio los esposos son capacitados para representar y testimoniar esta fidelidad. Por el sacramento, la indisolubilidad del matrimonio adquiere un sentido nuevo y más profundo". CEC No. 1647

"Puede parecer difícil, incluso imposible, atarse para toda la vida a un ser humano. Por ello es tanto más importante anunciar la buena nueva de que Dios nos ama con un amor definitivo e irrevocable, de que los esposos participan de este amor, que les conforta y mantiene, y de que por su fidelidad se convierten en testigos del amor fiel de Dios. Los esposos que, con la gracia de Dios, dan este testimonio, con frecuencia en condiciones muy difíciles, merecen la gratitud y el apoyo de la comunidad eclesial (cf FC 20)". CEC No. 1648

"Existen, sin embargo, situaciones en que la convivencia matrimonial se hace prácticamente imposible por razones muy diversas. En tales casos, la Iglesia admite la separación física de los esposos y el fin de la cohabitación. Los esposos no cesan de ser marido y mujer delante de Dios; ni son libres para contraer una nueva unión. En esta situación difícil, la mejor solución sería, si es posible, la reconciliación. La comunidad cristiana está llamada a ayudar a estas personas a vivir cristianamente su situación en la fidelidad al vínculo de su matrimonio que permanece indisoluble (cf FC; 83; CIC can 1151-1155)". CEC No. 1648

"Por su naturaleza misma, la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y a la educación de la prole y con ellas son coronados como su culminación" (GS 48,1):

«Los hijos son el don más excelente del matrimonio y contribuyen mucho al bien de sus mismos padres. El mismo Dios, que dijo: "No es bueno que el hombre esté solo (Gn 2,18), y que hizo desde el principio al hombre, varón y mujer" (Mt 19,4), queriendo comunicarle cierta participación especial en su propia obra creadora, bendijo al varón y a la mujer diciendo: "Creced y multiplicaos" (Gn 1,28). De ahí que el cultivo verdadero del amor conyugal y todo el sistema de vida familiar que de él procede, sin dejar posponer los otros fines del matrimonio, tienden a que los esposos estén dispuestos con fortaleza de ánimo a cooperar con el amor del Creador y Salvador, que por medio de ellos aumenta y enriquece su propia familia cada día más» (GS 50,1)". CEC No. 1652

"La fecundidad del amor conyugal se extiende a los frutos de la vida moral, espiritual y sobrenatural que los padres transmiten a sus hijos por medio de la educación. Los padres son los principales y primeros educadores de sus hijos (cf. GE 3). En este sentido, la tarea fundamental del matrimonio y de la familia es estar al servicio de la vida (cf FC 28)". CEC No. 1653

"Sin embargo, los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente. Su matrimonio puede irradiar una fecundidad de caridad, de acogida y de sacrificio". CEC No. 1654

¿Por qué quieres casarte?

Si tu interés al casarte era por fin, encontrar a tu príncipe azul y vivir en un castillo lleno de sirvientes que estuvieran pendientes de cumplirte tus gustos, lo más probable es que acabes muy, muy triste.

Sólo cuando te arriesgas a salir de ti mismo, cuando eres capaz de sacrificar lo que te gusta, para hacer lo que le gusta al otro, cuando antepones la felicidad, la salud y el bien de los dos, antes que tu pasión o tu deseo sexual, estás amando.

Amar es salir de ti mismo. Pero si ya te han lastimado mucho, ¿cómo sales de ti mismo la siguiente vez? Velo en el video 2.

Y cuando quieres que ese amor dure para siempre y estás dispuesto a luchar por él, contra viento y marea, en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas, es entonces cuando estás listo para casarte, porque quieres asumir un compromiso.

Escribe en tu cuaderno:

1. ¿Mi mamá y mi papá se aman como Cristo?

Iniciamos el día de la boda.

Ese día en la iglesia, ante el sacerdote y los familiares y amigos, los novios están dispuestos a tomar la decisión más arriesgada de su vida: "Prometo serle fiel en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida".

De esta decisión se desprende algo increíble: Dios mismo interviene para unirlos, de tal suerte que el hombre y la mujer dejan de ser dos, para hacerse una sola carne. Y nuestra oración se eleva para pedirle a Dios que lo que Él ha unido, no lo separe el hombre.

¿Quién puede estar dispuesto a tomar una decisión así? ¿Es capaz un hombre o una mujer común, de amar hasta este extremo?

Jesús cree que sí, siempre y cuando acepten su ayuda.

Lo que constituye el matrimonio es el darse de ambos; el hacer de sí mismos un regalo para el otro. Pero en la celebración sacramental del matrimonio cuando ellos mismos se ofrecen, se ofrecen a Cristo y es Cristo quien los da uno al otro.

Porque se casan como bautizados, depositan su amor en las manos de Cristo, que los devuelve el uno al otro, los bendice y los gratifica con una efusión especial de su Espíritu.

Desde ahora en adelante se querrán con toda la fuerza de sus sentimientos personales, pero también con la fuerza del Espíritu.

El primer efecto del sacramento es sellar de modo indisoluble (que no se puede disolver) la pertenencia de los esposos uno a otro, más allá de sus cambios emocionales. Este sello sacramental une a ambas personas indisolublemente en virtud del amor de Cristo, que se compromete con ellos y los llama a formar una nueva unidad, una pareja sacramental, que constituye la célula base de la sociedad y de la Iglesia. Esto significa que el amor divino se desposa con el amor conyugal.

"Jesús sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio y permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como Él mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella" (Gaudium et Spes 48).

Por el sacramento del matrimonio, Cristo da a los esposos una gracia que los une, que los cura y los santifica en su vida de amor. Los consagra como testigos del amor que tiene Cristo por la Iglesia. Esto supone la fe, es decir, creerle a Jesús, que es Fiel. Así el voto de fidelidad al esposo es pronunciado y respaldado por la fidelidad de Cristo.

Por el sacramento, toda pareja se casa con Cristo. "Jesús está comprometido en la unión de los esposos y quiere fecundar de todas las maneras su comunidad de vida y de amor, dar las ayudas necesarias para superar las debilidades de los esposos, curar sus heridas y perfeccionar su amor en todas sus manifestaciones humanas y espirituales. Para alcanzar cada vez más su perfección personal y su santificación mutua: que es como juntos contribuyen a la glorificación de Dios" (Gaudium et Spes 48).

Por la gracia de Cristo, la familia es una fuente de vida, de crecimiento, de educación y de servicio; "¡Familia sé lo que tú eres!" repetía con fuerza Juan Pablo II, el Papa de la familia. Sé lo que tú eres: una célula de la Iglesia, un santuario del Amor, una escuela de evangelio y de valores humanos, la esposa de Cristo.

Jesús mismo es la roca sobre la que se funda el matrimonio y no sobre la arena movediza de los sentimientos, por más sinceros que sean. Los esposos necesitan ser conscientes de lo que significa el matrimonio. Y así, la familia, comunidad "salvada" se hace una comunidad "que salva" (Familiaris Consortio 49).

La familia cristiana debe manifestar acogida, hospitalidad, generosidad y ayuda mutua, como fruto del Espíritu de amor que la anima. Aunque la misión de la Iglesia doméstica comienza con la comunión de las personas, el don de la vida y la educación de los niños, se prolonga hacia otras familias. Comparte la buena noticia del Amor que se hace carne.

Jesús dijo: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre». Mt 19,3-6.

Las palabras "Lo que Dios unió" nos dicen que el matrimonio no es fruto sólo de la voluntad humana, sino de la voluntad de Dios, que une. Unirse al otro, es abrirse al prójimo, para poder luego llegar hasta el Otro con mayúscula, que es Dios. El matrimonio nace bajo el signo de la humildad; es el reconocimiento de dependencia y por lo tanto de la propia condición de criatura. Enamorarse es el acto más radical de humildad. Es hacerse mendigo y decirle al otro: "No me basto a mí mismo, necesito de ti".

En el matrimonio, Jesús mismo recibe la decisión de entrega del novio, Él la plenifica y la une a su propia entrega y así la da a la novia. De igual modo toma el amor de la novia, lo plenifica y lo une a su entrega, para así darlo al novio. Por eso, el amor de los esposos no es amor humano, sino contiene en sí mismo el amor de Cristo.

El amor de Cristo es capaz de amar sin reservas, de darse completamente, de ser fiel hasta la muerte. Ese amor es con el que los esposos pueden y deben amarse entre ellos. Es amor extremo.

Dosis extras de amor extremo se van a necesitar en el transcurso del matrimonio y Jesús estará ahí para dárselas, cuando se las pidan.

Sin embargo, esta realidad sobrenatural muchas veces se olvida con el trato cotidiano, con los problemas que hay que enfrentar y que parece que no esperan a que estemos mejor preparados. Es cuando las relaciones familiares empiezan a perder calidad y es preciso resolver esta situación.

Algunos de estos problemas se presentan cuando la pareja está recién fundada.

Los primeros obstáculos, les permiten mejorar su condición espiritual para poder obtener el amor extremo. Por eso, en lugar de imponer su voluntad, los esposos prefieren ceder, negociar y hasta sacrificar ciertas cosas.

Como los esposos están todavía muy ligados a sus familias de origen, es posible que caigan en la trampa de Mami-suegris. Si se quedan atorados ahí, pueden ser capaces de deteriorar su relación matrimonial con tal de salvar la imagen de su madre o de alguno de sus hermanos. Al salir al rescate de sus familiares y justificar sus acciones “absurdas” (pues para el otro cónyuge resultan absurdas) pueden empeorar las cosas y el enojo y la frustración van a aumentar.

La mamá y la suegra: Cada una desea conservar cercano a su hijo o hija, y sienten por el yerno o nuera, ciertos celos. A veces estos celos las hacen entrometerse e invadir la privacidad de la pareja, con críticas y reproches destructivos.

Otro obstáculo que enfrentar son los amigos, que presionan a los recién casados para que no se dejen esclavizar por el yugo del matrimonio y se conviertan en: un mandilón o una vieja chanclada, respectivamente.

Muchas mujeres llegan al matrimonio pensando en la fiesta, el vestido, las flores y hasta en el pastel. Les ilusiona su luna de miel y luego abrir todos sus regalos. Creen que como Cenicienta llegarán a su Castillo y ahí estará el Hada Madrina que les concederá todos sus deseos, que incluyen: noches de amor y cenas románticas, tal como lo han soñado desde niñas, lo han visto en las telenovelas y lo han confirmado en las películas que ven en el cine. Pero estas Cenicientas, antes del primer año de casadas, sentirán varias veces ganas de irse de la casa y pensarán que lo mejor es divorciarse. Estarán tan desilusionadas, porque sus expectativas no coincidieron con su realidad.

Luego está el trabajo que justifica que no tengan mucho tiempo el uno para el otro. Y que se sientan más atraídos por la vida laboral, que muchas veces da más gratificaciones que la matrimonial, lo que favorece el no querer dedicarse mucho al matrimonio y a la vida familiar.

El empoderamiento de la mujer también le hace creer que a la primera falla del marido, ella tiene el derecho de mandarlo a volar.

En cambio, pocos saben que: «Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura». Mt 6, 33

Entonces ¿cuál es el mejor puesto que podemos tener? Trabajar en el Reino de Dios.

Otro obstáculo de gran peso es el dinero. En tiempo de crisis el dinero se convierte en la preocupación fundamental de muchas familias y en la causa principal de su destrucción. Cuando el esposo se queda sin trabajo, se siente inseguro, dependiente y desplazado de su papel de proveedor y protector para el cual estaba destinado (por su educación y expectativas) desde que era un niño. La esposa trabajadora, necesita que le reconozcan su heroísmo al ser ama de casa y trabajadora y el esposo no está para mirar su capa de superheroína.

La nueva situación le provoca un estado de ánimo que le impide demostrar cariño y seguir desempeñando con calidad su rol de esposo.

Cuando una esposa mantiene al esposo o le ayuda, muchas veces le cobra caro por ello.

Aunque el esposo no se quede sin trabajo, muchas parejas tienen fuertes problemas por el dinero. Si los dos trabajan, hablan de lo tuyo y lo mío, en lugar de lo nuestro. Y si no lo platican en serio, el esposo creerá que tiene todo el derecho de pedir a su esposa que no vaya al salón de belleza ni se ponga sus nuevas uñas de gel, para que juntos ahorren para comprar un nuevo refrigerador. Mientras que la esposa se siente resentida, pues cree que es él quien debe aportar todo lo necesario para la casa, pue cree que su dinero está para cumplir con sus necesidades de mujer (llamadas muchas veces caprichos por los hombres).

Otro problema surge cuando los dos no están conscientes de su nuevo nivel de vida y uno de ellos, o los dos, creen que pueden ir a los mismos restaurantes que antes, gastarse en el salón de belleza lo que tenían destinado para pagar el gas, comprar la ropa de moda y endeudarse un poco, sin que la pareja lo resienta.

El siguiente obstáculo a enfrentar son los medios de comunicación que nos han dado una imagen muy distorsionada de la realidad, pero que hemos aceptado como el modelo que perseguimos ser o tener en nuestra pareja.

Los modelos de familias que se anuncian en los medios de comunicación nos transmiten: que los hombres son guapos, varoniles, ricos, exitosos y buenos padres que juegan con sus hijos. Las mujeres son guapas, delgadas, activas, sin arrugas, canas ni cicatrices, son sonrientes, tiernas, cariñosas y excelentes madres de familia, que hasta tienen tiempo de pensar en una dieta balanceada para sus hijos y cantar mientras trapean.

Pero basta con trapear sólo una vez, para darse cuenta: del calor que da traer una buena capa de maquillaje, el trabajo que cuesta mantener una sonrisa y simultáneamente un buen paso de baile, agradeciendo al fabricante lo grandioso que es su producto para desmanchar.

Y aunque esto nos cause risa, sí seguimos pensando que un hombre romántico es el que protagonizó aquella película, que además de ser guapísimo dice justamente “esas” palabras, lleva “ese” ramo de rosas y pone “esa” música para bailar. Y cuando nuestro esposo nos pregunta si nos pareció romántico lo que hizo, inmediatamente comparamos su actuación con la de “el hombre romántico”, que generalmente es quien queda triunfador.

Por su parte, muchas mujeres, al estar con su esposo, se sienten en desventaja, pues sus rivales son las escenas de amor que los hombres han visto en Internet, la tele o el cine y que son protagonizadas por verdaderas profesionales, que además están muy guapas.

Otra manera en la que los medios afectan el matrimonio es cuando después de que entra a la cama el primer cónyuge, lo hace luego la televisión. Provocando que el otro cónyuge llegue tarde para poder entablar una conversación o simplemente acercarse.

De igual modo, los modelos de conducta que vemos en la tele, los tenemos tan frescos que son los primeros que vienen a nuestra mente, cuando comienzan los conflictos en la casa. Algunas personas aprovechan el más mínimo detalle para comenzar su tragedia de telenovela, sin medir las consecuencias de su comportamiento. Incluso usan frases como: “Jamás te lo diré...” “Esto está terminado”.

Antes de hablar y de lastimar profundamente al otro, debemos pensar dos veces lo que vamos a decir.

Si estás atorado en alguna de estas trampas, resuélvelas antes de casarte y has con nosotros la siguiente oración:

Señor, yo pongo en Ti mi vida y mi matrimonio. Sé que Tú haces nuevas todas las cosas. Creo profundamente que Tú puedes cambiarme. Cámbiame Señor, renuévame. Amén.

No se trata de que Dios cambie al otro, sino de que Jesús nos cambie a nosotros.

Revisa todos los obstáculos que hemos explicado en esta sesión y sé consciente de dónde sí han caído o es probable que caigan. Toma medidas para salir de ellos o prevenir que caigan en alguno.

2. Videos de la Sesión presencial:

¿Qué es un sacramento?

Conoce la belleza, el regalo enorme de lo que es el sacramento del matrimonio. Te explicamos por qué se hace normalmente dentro de la misa y por qué debe estar presente un sacerdote.

¿Cuál es la importancia de estar casado por la Iglesia?

Video 1: <https://youtu.be/bL-JNtI4qNU>

Queremos ver la vida de Dios en cada familia, que la capacita para amar y perdonar como Jesús.

¿Qué pasa si una familia puede vivir la plenitud del amor de Jesús en su matrimonio?

¿En dónde vas a poner todas tus canicas? ¿En un camino que sabes que se va directo a la coladera? O ¿en un elevador que las transforma en canicas de oro macizo y que duran para la eternidad?

¿Qué es un hijo?

¿Crees que Dios te da el regalo de un hijo y luego puede dejarte desamparado?

¿Qué es un niño latoso, muy latoso?

Amar es salir de ti mismo. Pero si ya te han lastimado mucho, ¿cómo sales de ti mismo la siguiente vez?

Cuando te mueras y el Señor te pregunte por tu cónyuge, ¿qué vas a contestar?

Video 2: <https://youtu.be/KJjTk95yPak>

Cuando llegues al cielo, ¿por quién te van a preguntar? Por tu cónyuge.

¿Tus emociones marcan tus decisiones vitales?

Entre más chica es la presencia de Dios en ti, más superficial es tu vida.

Video 3: <https://youtu.be/NNocYqHNtrY>

¡Cuida tus comentarios! Muchas veces son esos comentarios los que generan los celos del otro.

¿Qué puedes hacer cuando estás tan enojado que quieres lastimar al otro?

El amor no lastima, tampoco educa hiriendo, con miedo, con castigos...

Video 4: <https://youtu.be/aTm3RPe1I4Y>

Oración final:

Entonces vamos a terminar: En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Estamos cerrando la puerta de la presencia de Dios? No. Lo hacemos porque queremos estar en ella de aquí hasta la próxima semana. Que Dios los bendiga mucho.

Erika M. Padilla Rubio

Palabra y Obra © ®

Palabra y Obra. Todos los derechos reservados.